

No me hables, por favor. Ni me digas adiós

Se desvanecen los tiempos como si nunca los hubiéramos vivido, siquiera sufridos día a día. Se evapora un año, se derrumba como un gigante de barro al que le llegó la hora, ocurre súbitamente a las doce de una noche cualquiera de invierno. Y sin previo aviso lo sustituye otro año, un completo desconocido que sin ser invitado se cuelga en nuestras vidas sin tocar en la puerta. Lo observamos con recelo y calibramos con los ojillos medio cerrados una longitud que asusta. Y sin embargo el futuro se estrena con una acumulación de recuerdos, miradas melancólicas hacia atrás, quizá temiendo lo que traerá este visitante furtivo.

He olvidado cuando nos miramos a los ojos por última vez, no puedo recordar tampoco cuando nos despedimos –si es que lo hicimos–, incluso se me han borrado de la memoria sus últimas palabras, sus gestos tan familiares, y lo que es peor: he olvidado incluso su voz. Todavía no la he dejado pero intuye que la dejo. Tiene ese olfato especial tan propio del género femenino que la hace adelantar lo que está aún por venir. Sospecha algo, o lo sospecho yo. Sabe que la dejo.

Hace casi un mes, una tarde gris y ventosa de principios de diciembre, la anestesia por fin cedió y perdió la batalla contra mi obstinación por ponerme de pie y andar. Salí a la terraza, recorrí muy lentamente los pocos metros desde la cristalera del dormitorio hasta la barandilla, los pies apenas alzándose de las losetas de terracota cubiertas del verdín de invierno, en un penoso avance. Allí hice un amago por abrazarla, al menos cogerle la mano, en esa esquina de la terraza desde donde hemos contemplado tantas veces nuestro trocito de mar, la bocana del puerto, los veleros saliendo y entrando, las palmeras dobladas por el poniente, los grandes buques cruzando como fantasmas por el horizonte.

Pero la sospecha vence al deseo.

Y a pesar de todo, hasta donde soy capaz de recordar, ella siempre estuvo ahí. No es difícil sorprenderla aún recostada sobre sus laderas de roca blanca, cubierta con su lujoso abrigo de monte y verde, o viendo pasar a toda la miriada de visitantes con su mirada turbia de verano y los brazos echados en derrota sobre la cal de la fuente oculta por la maleza. La puedo ver por entre vagos instantes del presente, breves ahora de placidez arrastrados hacia la nada por los vientos del Ahora crudo y terminante, poniente infiel por racheado, el oleaje golpeando el espigón una y otra vez, la aplastante calima recalentada del norte africano. Mirando atrás puedo recorrerla lentamente, como lo hacía de niño, todavía mía, muy mía.

La vuelvo a andar y desandar pensativo, recorro su piel a tientas con las yemas de los dedos intentando no provocarla. Tanteo callado el albero de su paseo, ignoro los pesqueros que se pierden de azul, paso mi mano sin saber si será la última vez ¿qué es esta ciudad para mí?, ¿y qué fue?, la he recorrido incansablemente de este a oeste y desde la montaña hasta la orilla. La he nadado, la he sobrevolado en sueños, la he pedaleado con el sigilo recién amanecido, para acabar conversado interminablemente en el Café de las Felicidades Ambiguas, donde la he dejado hablar sin interrupción.

Y en ese rincón apartado de las pisadas de la calle me contaba sus planes, en esa clandestinidad buscada nos daban las horas servidas con hielo muy picado, con el

campanario cercano oxidando las doce en punto del mediodía, y antes nos tocó las medias, y hasta los cuartos que siempre caen directamente en el olvido. Y solo con el último aviso levantábamos la mirada admitiendo los dos que la eternidad no existe, que no se pueden ir los días de charla y gozo en la penumbra de un bar. Entonces me volvía a casa sonriente sabiendo que la ciudad siempre tiene la razón y hay que dejarla ir, que es inútil discutirle, porque es como discutirle a tu pasado, a tu memoria, o a tus propios pasos.

La he amado y a cambio me ha hecho llorar, he llegado a temblar tumbado en un banco de su parque más salino. Solo, sin nadie a quien contarle, buscando la explicación a lo absurdo. De niño temblaba de temor, de mayor ya era tiritera del alma. Pero el banco siempre el mismo, dando la espalda a los rosales, bajo los cipreses altivos.

Sospecha, ¿lo sabe?, que en un mes me marchó, aunque algo de ella se viene conmigo. Nos vamos juntos a los orígenes, donde los dos empezamos nuestros viajes. Nos vamos juntos a la bahía interminable que mira a levante, con su corona de montañas luminosas, al puerto de cruceros blancos y grúas que tocan el cielo. Por las tardes contemplaremos juntos la torre de la catedral dorándose de un mediterráneo plácido. Cruzaremos el río para escuchar los viejos gritos de Atarazanas, callejaremos por los antiguos olores, por las tiendas oscuras de Santa María.

Sé que ella seguirá soñando, esperando a que por fin algo grande ocurra, recostada en su pequeña ensenada. Morena y lasciva, cálida en invierno y fresca en verano, aprovechada por extraños, abandonada por desmemoriados, adulada por señoras de vida fácil y perrito al brazo, prostituida por embaucadores de lengua fácil. Pero seguirá esperando, fiel, única.

Se viene conmigo el pueblo de estanques verdes, y el perfume de los bosquetes de eucaliptos, se viene el faro dulce y solitario frente al mar. Me llevo los juegos de sombras de su alameda, los kioscos bajo hileras de plátanos de indias, y más que nada me llevo el nítido otoño de África trazado sobre el horizonte de noviembre. Todo eso me pertenece, y me lo llevo.

Huyen los tiempos, se evaporó otro año y desapareció de nuestra vida como por arte de magia. Se alejan los recuerdos y los instantes contemplados, vividos como besos dados sin sentir. Nos envuelve el futuro desconocido, desde la misma mañana del uno de enero. Por fin ella me abraza, tiembla temiendo que es una despedida. Lo sabe. Al borde de la terraza, por el endeble filo entre dos años esquivos, me susurra: “no me hables, por favor. Ni me digas adiós”.

Para Marbella, José María Sánchez Alfonso. 31 de diciembre de 2014.